

ESCENA IX

Las mismas.—EDELMIRA.—AIDA.—GRAZIELLA.
Luego, ADELAIDA.—LA DAMA DUENDE,
LA PEREGILA y coro de conjuradas.

EDELMIRA (*acercándose*).—¿Han visto ustedes lo que pasa?

GRAZIELLA y AIDA (*acercándose y á un tiempo*).—¿Saben ustedes lo que ocurre?

MISIA LORETO (*con desabrimiento*).—No nos hemos enterado de nada. ¿Hay fuego?

EDELMIRA.—Esa rusa escandalosa, que se nos ha colado. Y dicen que cortésmente la van á echar junto con sus compañeros.

MISIA LORETO.—Por mí, que les echen.

GRAZIELLA.—Es que ellos no se dejarán echar *así no más*.

AIDA.—¡Y habrá bochinche! ¡qué gusto!

FLORA (*con interés*).—¿Han cometido alguna incorrección para que les expulsen?

AIDA (*turbada*).—No; pero como aseguran que es una...

EDELMIRA (*recalcando*).—Sí, es una...

FLORA.—¿Eso quién lo afirma? ¿quién lo

prueba? en el tiempo que lleva aquí se ha conducido con la mayor seriedad. ¿Que sea mujer y se halle sola, son motivos suficientes (*indignada*), son motivos suficientes para que la perversidad y la calumnia se desaten contra ella?

MISIA LORETO.—Cállate, Florita, ¿tú qué sabes?

FLORA (*agitada*).—Es que no puedo, mamá, es que...

EDELMIRA.—No está sola; se ha traído dos caballeros...

MISIA LORETO.—¡También es descarol!

AIDA.—Dos caballeros, que no se sabe el parentesco que tengan con ella.

GRAZIELLA (*con ingenuidad*).—Hermanos de leche, dice Eliseito.

FLORA.—Con dos defensores, ya puede hacer frente á todas las murmuraciones. ¡Está salvada!

AIDA.—Lo cierto es que esos dos caballeros han llegado hoy por el nocturno, y se les ha visto con ella en la Rambla y en la playa. Como hacía dos días que la rusa no

salía del hotel y creíamos que estuviera enferma, ha llamado mucho la atención la aparatosa exhibición de la mañana, y sobre todo el aire de ellos, que iban comiéndose á los que encontraban. Eliseito se ganó un codazo, sólo porque se detuvo á mirarlos, y gracias que Eliseito es pacífico... Y ahora están provocando á cuantos pasan.

MISIA LORETO.—Ahí llega Adelaida... Ella nos dará noticias. ¡Qué colorada viene!

ADELAIDA (*acercándose seguida de las demás*).—Aquí venimos, Loreto, á pedir su apoyo... ¡Es un escándalo! Sabe usted que la famosa rusa, como si éste fuera un salón de cancan público, se ha atrevido á presentarse...

MISIA LORETO (*riendo*).—Sí, y acompañada de dos sujetos.

LA PEREGILA.—Que serán sus empresarios.

LA DAMA DUENDE.—Llamémosles empresarios por decoro.

ADELAIDA.—Ya comprenderá usted, Lo-

reto, que nosotras no debemos consentir semejante audacia...

CORO.—No debemos, no debemos.

ADELAIDA.—Si hoy se la consiente á la rusa, mañana vendrán aquí las parejas de bailarinas francesas y las tres italianas que todas las tardes vemos en *La Perla*, y nosotras, las damas, quedaremos confinadas en nuestras casas ó en la estrechez de las habitaciones del hotel, por no codearnos con la chusma alegre, que todo lo invade y corrompe. Es preciso protestar, es preciso demostrar, en forma ruidosa, que no sufiremos tal mezcolanza. Demasiado tenemos con ésta de otra índole, que en un balneario no hay medio de evitar.

CORO.—Es preciso, es preciso.

LA PEREGILA.—Ante todo, la decencia.

LA DAMA DUENDE.—Y el respeto debido á las señoras.

MISIA LORETO.—Conforme; pero ¿de qué manera ha de ser nuestra protesta?

ADELAIDA.—Muy sencilla, y por su misma sencillez tan fácil de realizar como de

verdadera eficacia. Retirarnos todas del baile, una vez convenidas, en grupos, ó una por una, según se acuerde, pero todas en un momento dado, para que entiendan que la evacuación del salón es deliberada, y en menos de cinco minutos se verá la pájara de Polonia solitaria entre los hombres... ¡No la digo á usted nada del efecto! seguramente que no volverá.

CORO.—No volverá.

MISIA LORETO.—Aprobado. Cuenten ustedes conmigo.

FLORA (*suplicante*).—¡Mamá!

EDELMIRA.—¡Qué gusto! nos vamos á reir en grande.

GRAZIELLA.—Cuando se vea sola será cosa de no perder el espectáculo. Yo me pondré á espiar entre las cortinas.

AIDA.—Y yo.

EDELMIRA.—Pero ¿no aseguraban que iban á echarles?

ADELAIDA.—En ello se pensó, mas se ha abandonado la idea por temor de que los compinches se resistieran y tuviéramos una de pu-

ñetazos que convirtiera el salón del *Manchester* en una taberna. Mejor es nuestro plan.

CORO.—Mucho mejor.

MISIA LORETO.—Manos á la obra. Vamos.

ADELAIDA.—Espere usted, pues aún falta hablar con la de Zaldivar y la familia de aquella señora del copete, que no sé cómo se llama. El golpe está en que nos retiremos todas, porque una sola que permanezca desluciría la función. Ya daremos la señal, que será nada más que el desfile repentino. La primera que salga arrastrará á las demás. Hasta luego.

MISIA LORETO.—Oiga usted, Adelaida... ¿Qué agitación es esa? mire: alrededor de la rusa están su marido de usted y D. Gustavo y el señor Asnabal... y también Navigio. ¿Qué es eso? y hablan... Y el señor Asnabal le da el brazo á la rusa. ¡Oh!

TODAS (*mirando sorprendidas*).—¡Oh!

ADELAIDA.—¡El brazo!

EDELMIRA.—¡Y vienen de este lado!

(*Todas miran. Estupefacción. Silencio profundo.*)

ESCENA X

Las mismas.—D. GABINO

D. GABINO (*adelanta dando el brazo á Wanda, seguida de los dos caballeros, los amigos y muchos curiosos, y la presenta respetuosamente al grupo de conjuradas*).—La señora Wanda de Kondriafskoff, distinguida dama polaca (*Wanda hace una reverencia*); su esposo, el señor de Kondriafskoff, uno de nuestros más ricos industriales y amigo mío, á quien he tenido mucho gusto en encontrar aquí (*reverencia del caballero 1.º*); su hermano, el señor Boris Kondriafskoff (*reverencia del caballero 2.º*).

FLORA (*aparte*).—¡El hombre, siempre el hombre!

(*Todas se inclinan. El director de orquesta marca en el aire con la batuta el último calderón, y la nota final del vals se extingue entre los murmullos de la concurrencia.*)

VIII

Los primeros días de Marzo fueron lluviosos, fríos y desagradables en extremo; avanzadas del otoño, que se preparaba á hacer su entrada triunfal en Marplatina con su ruidoso cortejo de vientos y tempestades, malogrando, con enojosa descortesía, cuanto proyecto de diversión al aire libre se trazara en obsequio de la colonia veraniega: tal como el paseo á la Laguna, que ofreció el opulento D. Gabino, y aguló una serie de chubascos más fuertes los unos que los otros; cabalgatas, carreras de bicicletas y demás esparcimientos inocentes que requerían el valor personal de batirse á cuerpo gentil con los elementos en discordia. Como el vicio es distracción que busca